

INFLUENCIA TODOPODEROSA DEL AMBIENTE⁶⁵

En contradicción con aquellos que sostienen la preponderancia de la herencia —a través de la cual se trasmite cualidades y aptitudes, no menos que deformaciones y predisposiciones morbosas—, hay quienes piensan de modo muy diverso: ellos subrayan la influencia subyugadora del medio dentro del cual se vive, al que atribuyen energía y eficacia mucho mayores que las que pueda ejercer el aludido factor hereditario.

Ni la herencia, con ser tan poderosa, ni la educación meramente intelectual, ni la simple predica cuando no va acompañada del ejemplo, pueden influir tanto sobre la conducta humana, como el medio que nos circunda.

Sin duda que la escuela, la universidad y el liceo proporcionan a la sociedad el bien considerable beneficio de dotarla de especialistas y técnicos, de letrados y profesionistas, de maestros y escritores, de hombres dotados de amplia cultura, indispensables en toda colectividad.

El cultivo de la inteligencia y del sentido artístico se logra, con más o menos perfección, en esos planteles. Pero el alma y el carácter se forjan en otra parte.

El carácter se forja en las fraguas de la realidad, de la lucha inexorable por la existencia, por la ambición o por el ideal. Los sentimientos y las virtudes se cincelan en el hogar, y se desarrollan o se marchitan en la vida social, según que ésta se halle bien o mal orientada.

Si el hogar y el ambiente social son puros y limpios, harán surgir hombres de rectitud y de mortalidad, ciudadanos probos y cumplidos funcionarios cuya conducta honre y enaltezca a la patria.

Pero si el medio hogareño y el colectivo son malsanos, si allí se aspiran inmoralidad y podredumbre, si allí se reciben malos ejemplos e influencias deletéreas pocos serán los que se libren del contagio.

65 *El Universal*, 15 de marzo de 1944.

Si ocurre, si pasa en la sociedad contemporánea. Como el mal está en la atmósfera, en el aire que respiramos, resultan infructuosas las exhortaciones al deber y totalmente ineficaces las simples medidas de policía las providencias exteriores, represivas o violentas.

Se necesitan frenos más vigorosos, remedios más hondos, normas de mayor eficiencia, que lleven su acción hasta lo íntimo del alma. Esos remedios, esos frenos y esas normas inútil es buscarlos fuera del sentimiento religioso, único capaz, hoy como ayer, de sacudir las conciencias y de empujarlas a una realización práctica del bien.

Acerca de ello no tenemos la menor duda cuantos hemos recibido la áspera lección de la experiencia.

Los mismos incrédulos, los indiferentes en materia religiosa, si son sinceros consigo mismos, así tendrán que reconocerlo.

Y de hecho lo confiesan con su modo de obrar. A sus hijas no las mandan, por cierto, a los centros educativos en que peligren sus creencias. Confían por el contrario su educación a quienes sepan hacer fructificar en ellas las virtudes y los sentimientos cristianos.

Con esto sólo están confesando que para ellos —eliminadas las “POSES” y las actitudes de convención—, aparecen como insubstituíbles los principios morales que las diversas religiones, y muy especialmente la católica, imponen a sus adeptos.

Si ello es así, si la religión es la única base de una moralidad sólida, se comprende por qué una sociedad como la actual, en que privan el materialismo y el culto pagano al placer, está expiando su culpa en forma hasta tal punto trágica.

Desastrosa es la influencia sobre la juventud, del ambiente contemporáneo.

Muchos jóvenes, al enterarse de la actuación de los adultos, buscan como ellos, sin más análisis, el rápido y fácil enriquecimiento. Los medios, los caminos no importan. Todos son buenos si conducen al éxito: al éxito personal a lo económico, que es el único que a toda costa se procuran.

Ven los jóvenes que el audaz, el poco escrupuloso, el logrero, el “arrivista”, el comediente, el embaucador es aclamado, es ensalzado, es casi glorificado, si llega a obtener riqueza o altas posiciones; y entonces el joven, que día tras día observa espectáculos como éste, formula para sí éste comentario, pronto a convertirse en regla de vida y en programa de conducta: “hay que imitar a los que así alcanzan espectacular victoria, la honradez y la moral son lo de menos; lo importante, lo decisivo es el éxito, que ante el mundo todo lo justifica y todo lo cubre”.

No puede extrañar que estas máximas, convertidas en sistema, produzcan el desquiciamiento del orden moral.

...Si el hogar fuese si quiera un antídoto, si allí se sembrasen, con firmeza y con perseverancia, las semillas del honor, de la rectitud y del deber...

Pero no. El hogar también es víctima del universal colapso. También él se agrieta y se derrumba.

Nos lo recordaba hace pocos días, con frase elocuente, el licenciado Carlos Franco Sodi, hombre autorizado por su experiencia.

“La familia ha dejado de ser lo que por tradición ha sido entre nosotros y lo que necesita seguir siendo para que formemos una nación, un país sano e integrado por ciudadanos honorables. Los padres ignoran con facilidad sus deberes y por cualquier cosa, fundados en razones baladíes, destruyen el matrimonio, hacen pedazos el hogar y dan triste ejemplo a sus hijos, acudiendo a rápidos e injustificados divorcios.

“No es mejor, por desgracia la conducta de las madres contagiadas de modernismo.

“Son muchas las madres —nos dice el señor Sodi— que, olvidando su misión sagrada, entienden que la vida tiene para ellas como objetivo principal acicalarse, seguir siendo hermosas y continuar, al cabo de los años compitiendo con sus hijas en lides eróticas que tienen por escenario centros de corrupción discretamente llamados BARS, CLUBS O CABARETS.

“Se comprende hasta donde llegara la conducta de los varones, de suyo más libres y menos escrupulosos.

“Muchos son los padres que ante las miradas de sus hijos, cambian el hogar por la cantina, la esposa por amantes ocasionales, y que el poco o mucho dinero que obtienen en su trabajo, lo destinan a menesteres inconfesables, en vez de atender las necesidades de los suyos...”

¿Qué respeto pueden infundir tales padres a sus hijos? ¿qué puede esperarse de jóvenes y de jovencitas que, al dar los primeros pasos en la vida reciben lecciones de esa naturaleza? ¿puede sorprender a alguien que, al imitar a sus progenitores, desciendan los hijos a planos aún más bajos e impuros?

Allí, en ese ambiente de inmoralidad pública y privada que por todas partes nos rodea; allí en la desorganización de la familia y en los malos ejemplos que la sociedad brinda a jovencitos inexpertos y alocados, es en donde hay que buscar las raíces de esa corrupción que en oleadas gigantescas nos invade y a muchos enloquece y arrastra.

Los educadores, los moralistas todos los que en verdad aspiren a la enmienda de las costumbres y a la represión del vicio y del crimen, están

obligados a ir hasta el fondo y no conformarse con superficiales medidas de policía que apenas si rozan la superficie del problema.

De allí la necesidad de fortalecer los vínculos familiares, de allí la obligación de que la escuela sea, de hecho, la prolongación del hogar.

De allí, sobre todo, la obligación de tener muy presente esta verdad, que cada día se impone con mayor evidencia: entre los legisladores y los moralistas de todas épocas, sólo hay uno —Cristo— que haya logrado hacerse obedecer. Sólo él ha conseguido transformar las conciencias y regenerar la humana conducta.